

# DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de GreCIA—Jose María Delgado

Junio de 1921.

Núm. XXXVI — Año V.

## EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

La muerte vuelve a hacer destellar el viejo escudo glorioso de este hombre, beluarío formidable de nuestras contiendas políticas; y también artista, en un género de novela que, para gloria de nuestra literatura, no precisó más continuador.

Las contingencias de nuestra democracia encendieron su no común elocuencia, probaron los filos de su pluma de periodista combativo y, lógicamente, diéronle parte en nuestras guerras. Todo eso formó un aspecto extraordinario de su vida, por el estrépito de la actividad de su obra, y también por el estrépito de las discusiones que luego lo envolvieron. Ello es demasiado contemporáneo para atrevernos a juzgarlo: fué tan decisiva su influencia en cierta preñez de nuestra vida pública, a cuyos resultados estamos asistiendo, que no sería juicioso emitir opinión.

Pero, si no nos cuadra examinar aspectos políticos, habiendo muerto Acevedo Díaz sin un gesto de contricción, podemos deducir de su vida, para beneficio de la pintura de su carácter, que obró en sinceridad.

Podemos recordar también el mérito de sus campañas tribunicias, pues la crónica oral guarda aún el recuerdo de su oratoria bullente, ganando los espíritus en aquellas horas desdichadas para el país, del cual

fué este hombre un potísimo elemento de opinión. Y junto a sus campañas tribunicias, la periodística, más accesible al examen lento y acabado, con el cual, y ya desaparecido el interés de aquellas horas ardientes, en que su diario polarizó considerables energías cívicas, desaparecido aquel interés, dijimos, en la urgente construcción del diario, se encuentran tales análisis de la moral política de entonces, que por su factura precisa y galana, y por la hondura, exactitud y minuciosidad de las disecciones, podrían, justamente, vivir en libros de los que se destinan a registrar la vida de los pueblos.

Pero nos parece que la arista más sustantiva e imperecedera de esta vida bulliciosa, extinguida en el silencio, es su obra de novelista. El ciclo de libros en que relata la gesta de nuestra independencia, aunque lleva defectos comprensibles, encierra méritos que el tiempo va destacando y acreciendo, para alcanzarles categoría de obra maestra.

En las andanzas de su vida pudo codearse con gaucho auténtico; quedaba de la gente de la epopeya que no desperdiciaba las patriadas, y Acevedo Díaz tuvo de sus labios y de sus obras, cuanto era menester para la labor que realizó. Ismael, Cuaró y Don Anacleto, las bizarras mujeres, fueron de su trato, de su intimidad.

Agréguese a esto la fortuna de haber conocido los campos vírgenes del erizamiento de alambrados y molinos de hierro; vírgenes de ferrovías; alcanzó intactos los montes, pues fué después que comenzaron las talas, cuyos cepejones prueban nuestra, immoderada miseria; vírgenes las blandas pasturas, regalo de innumerables animalías.

Alcanzó los hombres y las tierras, las aguas corrien-

do por donde Dios las mandaba, las bestias y los montes... Mas con eso, realizaría cualquiera su obra? No, que era menester aquella clara inteligencia y aquel hondo corazón, donde todo lo visto y oído se contenía y aposaba; era menester aquel fino entendimiento, cuya sutileza ponía orden en el vértigo de las sensaciones, decantándolas, a fin de que el relato posterior no se cargara de inútiles churimbolos, conservando la realidad y nerviosidad necesarias. Sin embargo, alguna vez los defectos de la escuela (aquella época romántica) asomaron como biznagas moteando el oro unánime de un tragal; en los escritos de la última época un estilo macizo dificultaba, muchas veces, la movilidad requerida.

Pero hasta "Grito de Gloria", sus libros tuvieron vigor y belleza bien equivalentes a la epopeya que revivieron, y a los tiempos y héroes que evocaron. Con esto queda hecho el elogio más grande que podemos sintetizar: el artista-fué digno de la epopeya

Por la prensa diaria se conoce su voluntad de querer dormir su último sueño en aquella tierra argentina.

Viejo maestro, hecho de bronce: ¡cediste a virulencias remotas, o temes encontrarte sólo aquí, sin tu Ismael, sin Cuaró, sin los otros de la vida cimarrona!

Ya que diste importancia al acto más nimio de nuestro destino, y a la envoltura mísera de lo que mucho valió en ti, vendrás, viejo maestro eminente, a la tierra de tus imaginaciones y de tus historias. Tienes que venir, pues nada ha cambiado. Todos están, tu indio, tu gaucho, y hasta el portugo logrero; como hicieron la patria, ahora la están perfeccionando.

## MATEO MAGARIÑOS SOLSONA

Era uno de los espíritus más finos — sin suntuosidad ni cortesanía — que florecieron en el Uruguay. Llegar hasta Mateo Magariños Solsona, era acercarse a uno de esos panoramas que atraen y que seducen. Apuesto y nítido el continente, clara la sonrisa, caballeresco el ademán, noble la palabra y alto el pensamiento. Hombre extraordinario en toda la acepción de la palabra, se adivinaban sus luchas pretéritas, que si no le dejaron ningún amargo sedimento en el alma, habíanle hecho caer en un escepticismo mundano. dando a este adjetivo una equivalencia que fluctúa entre sabio y elegante. Poco esfuerzo había que realizar para descubrir en aquel funcionario correctísimo que iba y que venía por las antecámaras del Senado, un artista de excepción. Y artista era, como va a probarse a las generaciones futuras ese libro admirable que lleva el título de "Pasar". Quien lea la magnífica novela de Magariños Solsona, va a descubrir, en los rasgos adulterados del protagonista, el alma noble y sensible de quien lo forjó.

En otro ambiente, el literato de "Valmar" y "Las Hermanas Fammarión", habría obtenido la más ruidosa de las consagraciones, y, en vez de una obra perfecta, como "Pasar", dejara veinte, que bríos y sólida cultura sobrabanle para ello. De todo cuanto en el género que hizo célebre a Daudet se ha producido aquí, no hay un solo libro que encierre tan netos valores artísticos. Otros le aventajarán en la pintura del ambiente, en la evocación de nuestra campiña, en la búsqueda de tipos representativos, pero nadie — nadie, hasta ahora! — puede jactarse de haber conducido el interesante relato con tan grande maestría y, sobre todo, con una ponderación igual.

Sólo la poca importancia que damos aquí a estas bellas creaciones, explica que "Pasar" sea un libro desconocido para muchos uruguayos que alardean de cultos. "Pasar" merecía haber tenido un éxito ruidoso, de tal índole, que, entre personas ilustradas, no se hablara, durante muchas semanas, sino del arte soberano con que Magariños Solsona trazó su fábula, una fábula suave, apenas sin truculencias, pero que a nosotros nos emocionara con tal intensidad, que llegamos a sentir una depresión espiritual equivalente al más agudo de los dolores físicos. Una obra que de tal modo impresiona y conturba el alma, debe ser sincera. Y quien de este modo se adueña del lector, está muy cerca de los grandes maestros.

Por encima de todo, aparece en ese libro un cerebro depurado. La madurez dióle equilibrio y, con ese equilibrio, una noción ajustada de la medida. Por eso es casi absoluta la armonía de las partes, y si el pensamiento es profundo, la prosa es serena, desbordando dignidad. Nunca como en este caso, puede afirmarse, con Bacón, que "el estilo es el hombre". La muerte nos arrebató un gran escritor y un óptimo compañero. Hace apenas un mes, que lo visitamos, solicitando su concurso — valioso por el solo aporte del nombre — para realizar la generosa cruzada artística que nos ha inducido a constituir, con PÉCASO, una cooperativa editorial. Magariños Solsona no nos defraudó, no podía defraudarnos. De alma — con su gran alma digna — púsose a nuestro lado.

Se explica el tono condolido de estas líneas, que sólo reflejan a medias cuánto de bueno había en aquel caballero intachable que era Mateo Magariños Solsona, cuya desaparición priva a nuestras letras de uno de los primeros novelistas, que iba a darle nuevos prestigios, pues, alentado por el éxito de "Pasar", pulía sus libros anteriores y preparaba otros, como suyos, henchidos de generosidad y desbordando belleza.

## LAS NOCHES DEL DIABLO

## I

Suenan las doce en la vieja  
torre de la Catedral,  
y en su acento funeral  
el Universo se queja.  
La beatitud de la hora  
sahuma la ciudad calma,  
y la ideal nave del alma  
colma de rosas su prora.  
Calles desiertas, vacíos  
caseiones fantasmales,  
árboles trunco, iguales  
a tantos ensueños míos  
¡Ensueño mío, el de ayer,  
el de hoy y el de mañana!  
¿Qué esperanza nueva y vana  
morirá al amanecer?...

## II

Un jardín—nido de amores—  
que exhala el alma a mi paso,  
sueña en un fúlgido ocaso  
dormido sobre sus flores.  
Me paro junto al balcón  
de una mujer que me quiso,

y al pisar su acera piso  
a mi propio corazón.  
Recuesto sobre la hiedra  
de una tapia, mi ofandad.  
¡Me pesa la soledad  
como si fuese de piedra!  
Vuelvo a andar. Quien me mirara  
sabría lo que es dólor;  
debo llevar el horror  
como pintado en la cara.  
De antiguos recuerdos gratos  
quiero el alma atormentar;  
que es lo mismo que llorar  
sobre unos viejos retratos...

## III

Los galeotes de la orgía  
cruzan, cantando, el camino;  
tienen estúpido el vino,  
chabacana la alegría.  
¡Oh, vino, divino cuando  
conviertes al corazón  
en un vaso de emoción  
que se está despariamañdo!..  
Un amigo que ha podido  
al fin su afán conseguir,  
me hizo el favor de fingir  
que le soy desconocido.  
¡Qué lobreguez en la vía!  
¡Qué desconsolado andar!  
Si yo pudiera llorar,  
qué aliviado quedaría...

## IV

*Mía es la triste canción  
 que se eternizó en la fuente.  
 Yo siento lo que ella siente  
 y es suyo mi corazón.  
 Vaga una tonada mansa  
 en el vaivén de la onda.  
 Remeda el viento en la fronda  
 a un alma que no descansa.  
 Y recogido en un hondo  
 silencio místico, espero.  
 De mi jardín, jardinero,  
 No sólo cultivo el fondo.  
 En tanto, vaya enhebrando  
 sus sueños mi fantasía,  
 aunque en la senda sombría  
 cuueste caro el ir soñando...*

SEGUNDO BARREIRO.

## ARTE NACIONAL

¿Es necesario un Arte nacional? Arte nacional y arte diferenciado son ideas casi simultáneas en la conciencia. Entonces, al encontrarnos exentos de caracteres salientes de raza y de tradición pensamos, no sin tristeza, en la imposibilidad de dar objeto a ese Arte. Ahora bien: si tal se entendiese, pocos pueblos podrían ofrecer un desarrollo artístico de originalidad apreciable. Fenecida Grecia, la luz de su genio traspasó hondos espacios seculares para vivificar gloriosos Renacimiento, y no podemos concluir que Italia y Francia, donde alumbró de un modo predilecto, sean países faltos de Arte nacional, por el hecho de haber colaborado con amor y preclaro espíritu en el desarrollo de las formas de la antigüedad. Por lo que hace a Francia, es curioso observar que habiendo tenido un papel tan importante en el desarrollo del Arte propio de su raza y el más adecuado, a la vez, al idealismo cristiano, hasta el extremo de recabar para sí el honor de haberle dado origen, no parece encontrar en sus creaciones góticas, sino en las importadas de su clasicismo, la expresión característica de su genio. Sería, cuando menos, muy aventurado afirmar dónde radica lo netamente francés, si en Nuestra Señora de París o en el Palacio de Versalles.

Un Arte, una cultura nacional es el resultado de la geografía, de la raza, de la tradición, de la influencia exterior en una época; organizados alrededor de un eje vitalísimo, la voluntad continua de vivir substancialmente.

tivamente, y a favor de los largos plazos que la historia concede. Esta ansiada personalidad nacional no es, en definitiva, sino el conjunto de una serie de esfuerzos en el tiempo, con sus errores y culminaciones y, en un momento dado, la nota original, el hallazgo de la fórmula sabia destinada a sobrevivir a los mitos que la han creado, renaciendo en otros que sobre ella y después de una asimilación transformadora, viva, obtendrán a su vez el punto máximo de su altura.

No debemos, pues, inquietarnos porque los aborígenes no hayan igualado a los incas en dejar monumentos reveladores de su existencia, en nuestros dulces prados y colinas; ni porque la otra mitad de nuestro medio natural, la luz, no sepa lo que es filtrarse a través de calados góticos ni acariciar la gracia poderosa y sabia de los senos bizantinos. Una tabla rasa en la cual nada se había pintado, fué la conquista heroica de nuestros abuelos. Tal vez a pueblo alguno en la historia se le deparó en tal medida la creación del propio destino como al americano. Empresa dura y de tanta responsabilidad como grandeza. Sin raza, sin larga y rica tradición, solos y con la fuerza de haber nacido, quisimos crear una nueva vida en un nuevo mundo. ¿Estamos cansados? ¡Pues aún está lejos el séptimo día! Pero, haber roto el dominio de España para convertirnos en colonia de todo el mundo, sería un programa poco digno y estéril.

En resumen: es necesario un Arte nacional como función. La necesaria aspiración de un arte diferenciado, ya tendrá cumplimiento a su hora. Lo primero es ser y lo que sigue al ser: el obrar.

Podrían ser las obras públicas de carácter monumental y artístico la ocasión de que un Arte Nacional

se manifieste? Sería también la ocasión de afirmar un derecho. Si en otras épocas, la munificencia de los príncipes o el tesoro de comunidades eclesiásticas o fundaciones piadosas o ricos municipios encomendaban a artistas extraños la ejecución de importantes obras, tal proceder, que no era de uso constante en Europa, ya no está de acuerdo con el principio orgánico de los Estados modernos en que la administración de los intereses públicos, morales y materiales, no debe ser vinculada a fueros personales de soberanía. Bastará, por ahora, colocar al Arte en el mismo plano de consideración que a los otros órdenes productivos del país. Nunca un Estado hace concesiones a firmas extranjeras, sin la reserva esencial de un rescate a plazo fijo. Debe también rescatar su acción espiritual. ¿Cómo? De análoga manera que protege a sus industrias recién nacidas, evitando, con tarifas, el efecto aniquilador de la concurrencia externa. La norma equivalente consistiría en ceder a los artistas nacionales la ejecución de las obras públicas respectivas de que se hubiere menester. Pasemos también que los productos de nuestro Arte puedan ser alguna vez inferiores a los de Europa, fiados en que una actividad continua y la crítica resultante, siempre más viva y eficaz cuando recae sobre lo propio, los mejoraría progresivamente hasta poder parangonarse con los de las naciones más ilustres y conseguir que fuesen la expresión de una personalidad bien definida. ¿Se creará que es menos arriesgado comprar también este artículo en el exterior? Notable engaño. También hay que saber comprar, inteligencia que no se adquiere sino mediante un ejercicio directo de la facultad a que deseamos aplicarla. Así ornamentan nuestras plazas y jardines los desechos de la imaginación transatlántica, que no son obra de artistas nacionales ni de artistas de ninguna parte.

Para terminar, he aquí esbozados, algunos medios para la elección de los artistas que deberían realizar las obras públicas de Arte:

- 1.º Deberán reconocerse los mismos derechos que a los nacionales, a los artistas extranjeros definitivamente incorporados a la vida del país.
- 2.º Un Jurado permanente, que se integrará cada dos años, pudiendo ser reelegidos sus miembros, asesorará al Estado y a instituciones y personas que lo soliciten, respecto al valor de las obras de Arte o proyectos encomendados a su estudio. Su fallo, en el desempeño de comisiones oficiales, será definitivo. La especialidad de la obra o concurso en juicio, determinará una preponderancia proporcionada de los elementos correspondientes del Jurado, por amplitud de voto, por refuerzo eventual de representación o por los dos medios conjuntamente.
- 3.º El Jurado de Arte se compondrá de elementos elegidos por las asociaciones e institutos de arte y de cultura del país, tales como el Círculo de Bellas Artes, Asociación de Artistas Plásticos, Sociedad de Arquitectura, Círculo de la Prensa, Universidad, etc.
- 4.º El Ministerio de Instrucción Pública designará las sociedades e institutos que, por su competencia y prestigio, deban estar representados en el Jurado Permanente de Arte, y proveerá a la unidad de su acción y de lo necesario para su instalación y funcionamiento.
- 5.º Aun en el caso muy especial y debidamente fundamentado, de que se quiera recurrir a los artistas extranjeros, al Jurado de Arte así constituido incumbiría juzgar irrevocablemente de la idoneidad de las adquisiciones o en los concursos organizados al efecto.

EDUARDO DÍAZ.

## JORNADA

*Tarde tranquila casi  
con placidez de alma.*

ANTONIO MACILADO

### Alborada

Americano amanecer, preñado  
de promesas y cantos.  
Para jurar, para nacer de nuevo,  
para tener crispados los dos puños.  
para mirar el cielo,  
y sorber con los ojos bien profundos  
el primer rayo, las primeras luces.  
¡Para llenarse el corazón de luces! ..

### Mañanita

Mañanita de otoño,  
casi primaveral, porque en el cielo  
vuelan mis golondrinas.  
Para sentir orgullo de estar solo,  
para sentirse como nadie, bueno,  
para así modular palabras lindas,  
y hasta olvidar que tengo algún secreto.

Para ver que se lleva la dulzura  
una dorada abeja,  
para ver que una abeja diminuta  
puede volar con la dulzura nuestra...

Mediodía

Hora en que el sol, suspenso,  
 es un fruto maduro que se cae  
 embriagando de luz, todos los huertos.  
 Para besar los labios más bermejos  
 y prolongar la carne.  
 Para escuchar la voz: ¡Multiplicaos!  
 que levantan los surcos y sembrados.  
 Y entre unos blancos senos  
 arrojar la semilla de mis besos!...

Crepúsculo

El alma mía se alejó del cuerpo  
 y me cerró los ojos, con un canto.  
 ¡El alma mía fué tras un recuerdo!,  
 ¡yo sé que pronto volverá llorando!

Noche

Noche plena de estrellas,  
 semillas que fecundan el ensueño.  
 Para mis manos blancas extenderlas  
 triunfales, hasta el cielo  
 y amontonar, amontonar estrellas...

Para ser alma solamente, para...  
 para ser beso huérfano y errante  
 y perseguir un corazón con alas!  
 Para en las aguas mansas contemplarse  
 y dormir en la sombra de las aguas!

ENRIQUE M. AMORÍM.

Otoño 1921.

PEQUEÑOS PROBLEMAS DEL ALMA

“Irse es morir un poco” y es también despertar a la viva sensación de la realidad. Desde lejos vemos hoy las cosas y los hombres con un contorno nítido de paisaje en sombra resaltando sobre el encendido crepúsculo.

Podría decir que irse es abrir los ojos del alma, buscarle a ésta una senda desconocida por donde herirla más viva y hondamente con el agudo dardo del sentir. Que, al fin, no es otra su misión: sentir con una amplia capacidad humana e inteligente, lo que pudiéramos llamar el sentimiento intensivo y total.

Una expresión corriente y vulgar reza que el alma se hace al dolor, volviéndose con su continuidad refractaria a él, y es lo contrario. La ley biológica de “la función hace al órgano” es también una ley psíquica. El dolor y el sentir afinan y aguzan la sensibilidad y es entonces, cuando se ha sufrido, que se ama y se comprende. Y es entonces, cuando se ha sentido, que el alma va descubriendo, cada vez más, sus nuevos centros simpáticos, sus nuevas epidermis sensoriales, finísimamente delicadas, donde encuentran resonancia, eco y tierna respuesta, las más puras emociones de lo interno y los más agudos clamores que solloza el espíritu del mundo atormentado.

Yo he comparado el alma con una madre que sigue el precepto bíblico: ¡parirás con dolor! Y así sus sentimientos, sus fervores espirituales, sus ensueños de amor y de bien, son un continuo y dulce sufrir que

abre el sendero del misticismo, como lo abrió antes el dolor a los mártires

Pienso al escribir estas líneas lo que a muchos se les ocurrirá: he aquí un señor que se pasa el océano, se traslada a las viejas tierras evocadoras y gloriosas, y ante la historia enorme y ante el arte estupendo, monologa sobre personales problemas del alma. Y es así. No hay nada más atrayente e importante que nuestra alma. Ella es lo eterno. Marco Aurelio nos hizo concebir que en el tiempo no son nada veinte, treinta siglos. La historia se desmoronará como una vieja ruina mentirosa, se hundirá en la sombra nuestra débil obra perecedera, se empolvará de olvido nuestro terreno recuerdo, pero nuestras almas perdurarán!

Pensemos, ya que aún no podemos más, en los pequeños grandes problemas de la sensibilidad y elogiamos la emoción, y la lágrima, y el dulce recuerdo que nubla la visión, hace que el corazón apesure el humano latido y puede arrancarnos de bien adentro un canto lleno de amor y de poesía.

Estamos perdidos en la oscuridad de la ignorancia; apenas entrevemos la ruta. En nuestro corazón el amor enciende una lucecita azul. El dolor la intensifica.

¡Los grandes dolorosos serán astros que andan!

¡Siquiera tratemos de que brille la pequeña luminaria en nuestras ínfimas sombras extraviadas.

Quizá la Natura, sabia maestra, nos insinuó algo en esa lección viva de los coleópteros luminosos, cuyos fatales son más intensos durante el amor. ¡Cuando van a morir!..

A. MONTIEL, BALLESTEROS.

Florancia.

## ROMANCE DEL AMOR PRIMERO

*Mañana era de Jumo  
Cuando Lucilo, el pastor,  
Marchóse por el camino,  
Como a la buena de Dios.  
Llevaba miel y pan fresco,  
Fruta y queso en el zurzón,  
Iba cantando canciones  
Que en la mocedad aprendió;  
Era tan triste su canto  
Y tan melodioso el son ..  
Como que así desahogaba  
Penas que trájole amor! ..*

—Lucilo, ¿por qué vas triste  
Bajo el oio de este sol?

—La pastora que adoraba,  
De la aldea se fugó.  
Unos dicen que con otro;  
Que fué sola digo yo!  
Cuando vino Primavera  
Y ya el cardo estaba en flor,  
Juramos amarnos siempre;  
Y es Otoño... No duró  
Aquella dicha tan nueva  
Lo que mi mente soñó...  
Por esto dejo la aldea,  
Donde quiso mi pasión

Vivir su lírica hora,  
 Para llorar mi ilusión  
 Como esos pájaros ciegos  
 Que—por ciegos—su canción  
 Dicen en más dulces trinos  
 Para olvidar su dolor.  
 Me voy por esos caminos  
 Como a la buena de Dios...

—Vuelve, Lucilo, a la aldea,  
 Procura pronto otro amor,  
 Y mitiga con el nueva  
 Lo que el primero causó.

—Es muy profunda la herida  
 Que amor hizo al corazón.  
 No florecerán de nuevo  
 Los rosales que tronchó.

—Amor es nube de aurora;  
 Gota loca a la que el sol  
 Disipa en breves instantes  
 Del pétalo en que tembló;  
 Grito que rompe el silencio  
 Del alma en su iniciación;  
 Agua inquieta de la fuente  
 Que olvida lo que copió;  
 Semilla que no germina  
 Porque lleva maldición;  
 Cristal que vibra un momento  
 Bajo el golpe que lo hirió;  
 Fugaz hora de la vida  
 Que sólo deja el dolor  
 Del recuerdo que revive  
 En hora de evocación;  
 Trino de pájaro; brisa;  
 Soplo; llama; risa; flor  
 Que en un día se marchita  
 Perdiendo aroma y color...

—Quien llena de amor su vida  
 Sufre, como sufro yo.

—Vuelve tus pasos, Lucilo...

Mas el pastor no escuchó  
 (Y siguió por) el camino  
 Como a la buena de Dios...

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

## "LA RONCADERA"

(Cuento)

De la misma manera que durante la bajamar quedan al descubierto las rocas de la costa y las irregularidades del lecho costanero y toda la resaca que bordea el mar, después de la guerra del año 97, al entrar en cauce la vida nacional, en la serenidad reconstructora de la paz, ajustados por manera natural los resortes del organismo social, también quedaron al descubierto algunas salientes, rocas o resacas. "La Roncada" apareció, en efecto, sin más antecedente que ella misma; como los hongos: sin que mano alguna prepare su nacimiento. Lo más que llegó a saberse de su pasado, la mostraba como una de esas "chinas" que en nuestras guerras siguen a las columnas de soldados en marcha. Nada más se sabía, ni se supo nunca. Era una muchacha de unos veinticinco años, alta antes que baja, bien plantada, ágil, con agilidad montaraz, aindiada, de mirada insolente, sombría a ratos, dientes muy blancos y fuertes, labios finos, nariz regular, cabellos y cejas renegridos y exageradamente abundantes. Era el tipo del mestizo de europeo e indio nativo. En el poblado se la vió primero por las calles, andrajosa, sucia, el cabello revuelto, untuoso, mostrando el pecho enflaquecido y negro y las piernas canilludas. Según unos era lavandera: lavaba allí, entre los cañadones de las canteras; pasaba para otros por una mendicante que vivía de las sobras de comida que le re-

servaban algunas familias; el resto la creía una de las tantas mujerzuelas que comparten los ratos de amor de la soldadesca en los momentos francos. Daba margen para tales suposiciones la circunstancia de que solía desaparecer por la calle del Plata, al Sur, hacia las de Figueroa y Nueva Palmira, por donde, precisamente, levantaban sus tiendas de caricias mercenarias las queridas momentáneas de los artilleros; mas en la indicada dirección, por la calle del Plata, hacia el Sur, al fondo, también se abría el camino de las canteras... Pero nadie sabía, a ciencia cierta, la guarida de aquella mujer, ni su procedencia.

Y como persistiera en su actitud semisalvaje, que recordaba a esos cetáceos que de tarde en tarde se alejan extraviados de los mares del Sur y llegan sin rumbo, en derrota, hasta el Plata o alguno de sus afluentes, la incertidumbre facilitaba al comentario vecinal la maquinación de historias y aventuras que terminaban, invariablemente: ¡Bah, es una ramera!

El tiempo, que pone una pátina hasta en el espíritu humano, hace de amable lenitivo, atemperando instintos, amortiguando dolores, debilitando recuerdos ingratos y hasta logrando perdonar agravios, pareció haber hecho de esfumino en aquella alma atormentada de civilización, pues en cierto momento, perdiendo la primitiva huraña se acercó al poblado, como si su alma fuese cobrando nuevas aptitudes sonoras y hubiese empezado a vibrar con el alma rara e incierta del pueblo. Fué así que algunos hablaron con ella, mas, ¿para qué? Dijeron que olía a humo, a ácido..., que miraba inquieta, hondo, con la inquietud y la profundidad del que revela... que su lenguaje era rudimentario, grosero, soez... que tenía aliento a caña (esto no lo aseguraban), pero que la voz era aguardentosa,

opaca, que hablaba de una manera particularmente gutural, que despertaba el recuerdo de un ronquido entrecortado. Desde entonces se la apodó "La Roncadera", mote que tuvo la virtud de interesar sobre ella a los muchachos.

Cuando los hombres (alegres señores que se reunían a la puerta del café), hubieron perdido la esperanza de escudriñar el misterio que la rodeaba, despertaron sobre ella el interés de la muchachada, aquella muchachada que se daba cita en la plaza de San Agustín, para emprenderla luego contra las incitantes peras de la "quinta de Basáñez", y desde ya no hubo paz para "La Roncadera". Cada vez que entraba a la Unión, lo hacía con la inquietud de una fiera que entrara en poblado, mostrando las descarnadas mejillas que se hinchaban al reventar una imprecación, y sus dedos crispados por la ira, a la falange de chiquillos que aumentaba por momentos a los gritos de: ¡"La Roncadera"!... ¡"La Roncadera"!...

Cierta vez la turba de muchachos trajo al pueblo una noticia sensacional: "La Roncadera" era madre. La habían visto en una cueva que formaba la raigambre de un corpulento ombú, allá, hacia el camino de las canteras; y la habían visto con un niño de corta edad en los brazos...

La noticia rodó de boca en boca. Los hombres reían a más reír; escandalizáronse las señoras, y las niñas volvían la cabeza cuando aparecía aquella crápula, enya osadía había llegado hasta engendrar un hijo. La maternidad es grandiosa, es santa, ¡pero acaso tiene el derecho de concebir cualquier mujer? ¡Era posible que aquel montón de miserias, sin abrigo, muerta de hambre, pudiese alimentar un hijo? La posibilidad era de todo punto inaceptable para las caritativas señoras.

Aquel escombros, extraño al edificio social, no podía

ser apto para criar a un hijo. Y empezó a circular por todo el pueblo un sordo rumor, que luego fué acrecentándose, secundado por la sociedad de damas: era necesario quitar el hijo a "La Roncadera". Esta preocupación, convertida en consigna, rodó, tomó cuerpo, llegó a ser tan general y persistente que el rumor de antes se transformó luego en la opinión de todos: a las buenas o a las malas debía quitarse el hijo al regazo materno: en un asilo estaría mejor.

Se lo dijeron a "La Roncadera", pero ésta no aceptó. ¡Oh, era madre! Defendería su derecho con uñas y dientes. ¡Antes la matarían! Ella lo había engendrado, ella lo había dado a luz y nadie podría criarlo mejor—dijo—con más cariño, con más amor. Cuando creciera, ella haría por educarlo... por darle lo que a ella no le habían dado: "escuela". Y aquella "mala mujer" en una como anticipación de los días soñados en que tendría compañero para compartir su vida, envolvía al hijo en miradas largas, blandas, con los ojos llenos de lágrimas, de emoción y de orgullo.

Llegó a creer que aquel pequeño ser, al cual había dado vida y leche, a expensas de su propia vida, era tan suyo, de tal modo le pertenecía, que no habría fuerza suficiente en el mundo para arrancárselo, ni derecho que la obligase a entregarlo. Pero, la sociedad es más poderosa que una desgraciada harapienta, por más que ésta invoque el derecho de la maternidad. "La Roncadera" defendió su cachorro como madre; vigiló noche y día la puerta de su covacha; rodeaba al hijo con sus brazos, lo estrechaba contra su pecho, hasta llegaba a ocultarlo en el fondo de su cuerpo, con el cual formaba seno, como una especie de bolsa marsupial, y desafiaba a que se lo sacasen de allí. ¡Tan adherida se creía al producto de sus entrañas!

La justicia, cuya defensa invocó más de una vez,

nombró tutor al hijo de "La Rooncaderá", y el chico fué llevado al Asilo.

El comisario, y el teniente alcaide y el juez de paz, ante quienes recurrió en demanda de amparo, se le acogieron de hombros. También creían—y así se lo dijeron—que ella no podía criar a un hijo.

Averiguó, entonces, dónde estaba el hijo suyo, que tanta felicidad llevara a la cuevas del camino de las Canteras, y a pie, sin comer, mugnenta y harapos, recorrió varias veces el camino hacia el Asilo de niños desamparados. Allí le mostraban a su hijo, unos minutos, no más, que no había tiempo que perder, y luego, llorando, emprendía el viaje de regreso a la cueva miserable y oscura, más miserable y oscura que antes de ser madre.

Un día estaba muy enferma, se demoró en el camino, y llegó tarde. Las puertas del Asilo estaban cerradas. Sin embargo, ella deseaba ver a su chico, para eso había ido allí, para eso había recorrido a pie el largo trayecto: para ver a su hijo, a quien de otra manera no vería hasta dentro de una semana, que entonces, más que otras veces, se le hacía interminable.

Golpeó, pues, fuerte, muy fuerte; vibró la puerta y todo el edificio... pero los reglamentos, más fuertes que los derechos naturales, más fuertes, tal vez, que los corazones de los sirvientes que la alejaron de allí a empujones, impidieron por aquel día que el hijo sintiera el calor insustituible del pecho y de los ojos y de la palabra materna.

BLAS S. GENOVESE.

## SONETO

Olvidando las sombras de este suelo  
se ha tornado mi alma más liviana,  
bajo la gloria limpida del cielo  
y al celeste fulgor de la mañana!

Cabe el puro cristal de la fontana  
sigo de un ave el milagroso vuelo  
y los girones de la nube vana  
que se desgarrá como blanco velo!

¡Oh, la suave mañana sin angustias!  
El hondo corazón siéntese fuerte  
y ríe con la gran Naturaleza;

—y en sacrificio de ilusiones mustias—  
sólo busca refugio en la Belleza  
que triunfa del Dolor y de la Muerte!

MANUEL DE CASTRO.

## DAMIÁN P. GARAT

*Notas para un ensayo.*

## I

He aquí un heredero legítimo de Olegario Andrade, —que logra embocar la bocina épica y que tiene la lírica elocuencia del *vates* clásico. Ha muerto estos días en su patria argentina, y descansa ya en el cementerio de Concordia, ante el olvido repentino de los hombres, y de acuerdo con su expresa voluntad. Muere siendo diputado nacional por Entre Ríos ante el Congreso Argentino, y fuera de los homenajes oficiales y del transporte de sus restos, desde Jesús María hasta Buenos Aires, y desde aquí hasta Concordia, apenas si hay quien recuerde al poeta cívico, al poeta patrio y al poeta político, autor de "La Argentiada" y de "Tucumán".

A su lado anduve un día en un viaje del litoral uruguayo, y su figura romancesca ha ido creciendo en mi espíritu al influjo de su obra empenachada de idealismo antiguo y timbrada de romántica belleza. De golpe se han abatido las rémiges caudalosas, y el poeta robusto, viril y profético, que sojuzgaba a las muchedumbres con el brazo diestro en alto y el imán de sus ojos ardientes y bondadosos, ha caído para *in eternum* bajo los anchos árboles... Cantor épico del gaucho y del potro, —gestores de patria, —Damián P. Garat es un símbolo en bronce de su entrerriana tierra. Y como

un símbolo, luchó contra todas las fuerzas naturales y humanas que le rodearon: impuso el fuego sacro de su vida a la consideración de sus paisanos: se dió entero a la identificación con su paisaje... No puede tener gloria más sólida el individuo mortal en el tránsito veloz por los caminos del mundo, que esa victoria afirmativas de su corazón sobre las fuerzas perennes que le acosan

## II

Alto él, con su físico airoso y pintoresco, sonriente casi siempre la máscara, de negros bigotes y mechón enrulado sobre la frente amplia, —era el gentilhombre de la leyenda, —no el último como se ha acostumbrado en decir, porque aún quedan algunos de vez en cuando, —pero sí uno de ellos entre todos ellos. Tenía el habla cautivante y serena: era familiar y optimista: cultivaba sin ostentaciones su virilidad y su hidalguía. Hombre de bien, fué dueño de rara dignidad, —vertical y metálica, —de esas que en el fragor de las luchas políticas de desconciertan y amedrentan a los contrarios. Como Riccardo Rojas dice de Pellegrini, él supo ser un adversario sin ser un enemigo. Su mano, tibia como un cordón, estaba siempre con su pensamiento, y era cálida en el afecto como valiente en el combate, siendo de una honradez tan clara y firme que nadie vaciló jamás en respetarla. Amó la belleza por lo que ella tiene de ensueño y de eternidad: amó la patria por lo que ella resume de maternidad y de idealismo. Desinteresado, efusivo, vehemente, —llevó su vida como buen romántico, —en un vuelo de altura, sobre una perspectiva azul y blanca. Nada comportan los intereses materiales, a esta clase de espíritus, que bajo el sombrero gaucho esconden la bacía abollada de Don Quijote.

## III

Hijo de la mesopotamia argentina, no podía desmentir su nacimiento en la tierra de Montiel. Más: tuvo por ella persistente entusiasmo, y en ella se quedó, sin estridencias, sin ambición, sin vanidad. Claras virtudes polarizan estos hombres de tierra adentro, modestos y buenos, que prefieren el solar de su natividad a todas las emociones gloriosas de las grandes ciudades. Para ellos no pasan las modas literarias: ellos pueden soñar, amar y cantar sin disturbios; ellos retienen el tiempo y miden el espacio. Su amor al terruño es reflexivo y filial: y el terruño les da, en cambio, serenidad, dulzura y pureza. Las ciudades tentaculares de Verhaeren conspiran contra el remanso espiritual, pervierten la virginidad del alma, quiebran la visión ingenua de la vida. En su provincia humilde y heroica, no hay más decoración que unas nubes claras sobre el toldo que el horizonte sostiene, y un litoral sencillo que las leyendas pueblan. La obra será más reducida, pero el sueño es más puro, y la calma apaisada de la naturaleza presiona y atempera el tumulto bulleante del ánimo combativa. Hasta la figura tiene un corte distinto, y parecen más soñadores dentro de su dejadez habitual y de su noble gallardía. Es cierto que ellos saben adentrarse en el crepúsculo, y pueden gozar el privilegio de las noches y las tardes... Pero no es menos cierto, que en el campo abierto de su pueblo natal—siempre tan lleno de cosas eternas—laboran nada más que por aumentar el fulgor de las estrellas...

## IV

La poesía americana existe desde Olmedo hasta Zorrilla de San Martín. Cantores de la naturaleza, cantores de la epopeya, cantores de la civilización, cada

uno de ellos tiene fuerza animadora, fuego anímico. Sin los infortunios de Mármol, ni las tristezas de Echevarría, ni las amarguras de Rivera Indarte, el poeta Garat posee idéntico nacionalismo, fraternal cordaje de hierro, iguales sentimientos de amor. Tiene, como Carlos Roxlo, la pasión patriótica, y como Rafael Obligado, la pasión criolla. La historia le seduce: el pasado le atrae: la gesta nacional le entusiasma. Y con el alma puesta en el crepúsculo de una civilización que se va, su clarín repite con frecuencia la canción del gaucho, encarnación y pedestal de nuestra raza. Vigorosa la voz, potentes las alas, robusto el pensamiento, no puede afirmarse que el poeta haya llegado a la cumbre, porque los defectos de su lirismo declamatorio son breñales que desgarran la clámide y aristas que distraen el vuelo. Para tener el estro de Olegario Andrade le falta conquistar un parnaso, así erigido de cumbres y así cruzado de cóndores. Pero es poeta indudable, y no sólo por el manejo de los corceles rítmicos, sino por la visión poderosa, el sentimiento ingenuo, la musa intuitiva,—todas esas fuerzas que concitan la personería del verdadero poeta. Se le puede decir poeta civil con alma de bardo, como García Calderón determina a Santos Chocano, o simplemente bardo, en el sentido de Macaulay al hablar de Shelley. Su mitología no está aprendida en los textos, sino que es visión propia, símbolo propio, fuerza propia. Como lo quiere Ronsard, está enamorado del porvenir, pero como Victor Hugo, como Michelet, como Walt Whitman, adora la multitud, el pueblo, la gleba. Posee el concepto de la literatura nacional, como una de las tantas formas de su amor a la patria. No importa que los poetas municipales de ahora, ilusionados con la novia de los domingos, o con el café de la bohemia juvenil, desdeñen sus penates provincianos y aparenten cansancio ante las viejas estrofas de bronce. La sinceridad y la emo-

ción crean una belleza estable, que vale por sí, como los mármoles griegos o las piedras indígenas, a pesar de todo el horror de los endecasílabos heroicos y de las melenas románticas. En este caso de Garat, la grandilocuencia del período, el exceso retórico de la estrofa, los metros desusados de su arquitectura, concretarán defectos y lunares, pero no hacen *demodée* su musa. Es que él deshizo en sus poemas un corazón musical y férvido, que vibró en ellos con espontáneo ardor y fácil modo.

## V

Su canto a "Tucumán",—"tierra de promisión, jardín de los frutales de oro",—posee todos los atributos clásicos. Comienza exaltando la naturaleza pródiga, la montaña andina, la pradera fértil, el bosque suntuoso del viraró gigante, del pacará centenario, del quebracho bravío, del timbó de roja entraña y el guayacán, "meridional coloso de negro corazón y fronda hurañá"... Revive después la historia secular, Avellaneda, Alberdi, Lamadrid, Monteagudo, la noche bárbara de la tiranía... Sonora la estrofa, rítmica la forma, grande el pensamiento... Canta la espiga, el surco, la caña, la libertad, el laborar por ella. "Y el Tucumán de la leyenda clásica sus bodas celebró con el futuro"...

## VI

El soneto "Lamadrid" es un bajorrelieve para la estatua del guerrero. La figura surge del bronce, entre la tempestad de la batalla, dueña del ademán heroico de los libertadores. En caracteres romanos, se podrían grabar estas catorce líneas, como en duro y liso pedazo de piedra hay antiguas inscripciones heráldicas:

"Nada su fiera intrepidez abate;—Nada dobléga su

viril pujanza;—Caballero sin miedo, que se lanza — Cantando vidalitas al combate.

"Si clava en su corcel el aiccate—Y revoleando el sable se abalanza,—Como un centauro fabuloso avanza —Y todo cede a su terrible embate.

"Es el Cid de las cumbres. Su bravura,—Que el bélico clarín agüijonea,—Al godo llena de mortal pavura,—Y en medio del fragor de la pelea—Se destaca imponente su figura,—Como un gigante que el espanto crea."

## VII

"Los héroes" constituyen un grupo estatuario de vigorosas líneas marmóreas, plantado con singular entereza sobre un pedestal de granito rojo. A medida que se va leyendo el soneto, el bloque surge con precisas líneas, como de las manos geniales de Rodín, rudo y gigantesco, salían las magníficas figuras eternas. "Gigantescos y rudos, como tallados—En un bloque estupendo; rostros curtidos,—Color de viejos broncees enmohecidos—Y cabellos hirsutos y enmarañados...

"Fulguran en sus diestras los afilados—Aceros, de inmortales glorias bruñidos—Y se graban sus pasos, como esculpidos—En la cima eminente de los nevados.

"Son los héroes invictos!... Sobré el brumoso—Escenario del Andes, do el sol los baña—En un vago reflejo de luz extraña,—Yo no sé lo que tienen de fabuloso:—¡Me parecen forjados por un coloso—Sobré el yunque ciclópeo de la montaña!"

## VIII

"Epica", "Simbólica", "Avanzada", son cuadros de colores, que fijan motivos épicos, como los cuadros oriollos de los alejandrinos de Aníbal Marc. Giménez.

Fuertes de arquitectura, nobles de pensamiento, traen la voz de la tierra, son el canto legendario del gaucha-je romanesco. El centauro americano de Zorrilla de San Martín revive en estos enérgicos sonetos, que tienen notas de dianas, música de charangas al paso de las caballerías de la patria.

El poeta insiste en casi todas sus composiciones, como si un entusiasmo napoleónico lo animara. Guerrillero él mismo en las luchas partidarias de su provincia, puede revivir con eficacia las visiones valientes de su raza de titanes, como si hubiera nacido héroe de la guerra gaucha de Lugones.

Los dos cuartetos de "Legendaria" dan la viva impresión del desfile de un escuadrón nativo, lo mismo fuera de aquellos de Artigas en Las Piedras o de Rivera en las Misiones, que de Urquiza en Caseros o de Güemes en Salta.

"Flameando al viento las banderolas, — Gloriosos hienzos hechos girones, — Pasan los héroes en sus brindones — De luengas crines y atadas colas.

"Llevan sujetas las tercerolás — Con gruesos tientos a los arzones — Y van cantando patrias canciones — Al son de plata de sus violas".

## IX

"La Nación" de Buenos Aires publicó en el número extraordinario del Centenario de 1910, su celebrado poema "La Argentiada", que hizo compañía al maravilloso canto de Darío a la Argentina y a las sonoras "Odas Seculares" de Lugones.

Ahora mismo, recordando la muerte del poeta, "La Nación" dice que "aquella página inspirada fué digna de la solemnidad memorable de la patria".

En los trescientos versos de "La Argentiada", como en los trescientos granaderos de San Martín, va la gigantesca epopeya de su patria. La poesía austera y

enérgica, columna de mármol que los griegos clavan en los caminos, remozó en "La Argentiada" con todos los bríos del antiguo cuño y el vibrante soplo de la modernidad. Si el "Canto a la Argentina" de Darío, ha sido para alguien un bosque de catedrales que erigen sus cúpulas de oro y mármol hacia el cielo, cabe pensar que esta "Argentiada" de Garat es un bosque de árboles naturales, en cuya ramazón cantan los pájaros, tiembla el sol, se apaciguan los vientos, hay recuerdos del gaucha y visiones de guerra y paz. Las altas copas se llenan de azul, los anchos troncos abren cien brazos, allí está la patria austral y tropical, el alma perenne de la revolución que emancipó y del trabajo que engrandeció. En frente las montañas, del otro lado el río, arriba el sol indiano y las estrellas vírgenes.

Exalta la leyenda portentosa y el escenario argentino, y cree que Dios andaba con los propios abuelos en la faena extraordinaria de demarcar la patria. En seguida comienza la pintura soberbia de los viejos guerreros, que en el tumulto anónimo de la patriada, no deslumbran con petos resplandecientes y cascos cincelados como aquellos otros, los que clarinearon sus dianas al pie de las Pirámides. Estos "andaban harapientos, pero eran incansables", — "parecían forjados en un bloque de bronce", — "tenían soberbias, gigantesca tallas"... — Han abandonado los pedestales vetustos "para sembrar la tierra de hazañas inmortales", y "andar bajo las centelleantes miradas de los astros"... Brazos al aire y greñas al viento, tenían atributos de racha embravecida: "y palpitaba el llano en convulsión extraña — si acaso descendían de la abrupta montaña — descasajando peñascos"... — "Asidos a la crin de sus raudos y ariscos redomones, — formaron tempestuosas, fantásticas legiones — en medio de relinchos, corecovos y bufidos"...

Con ellos va "Las Heras, empolvado — de dolor

y de gloria, como un genio abrumado—por un designio inmenso"...—Con ellos va "Díaz Vélez, cuya infantería,—“cargaba intrépida y bravía como un alud de acero”...—Con ellos va San Martín, que realiza el prodigio de la fábula escalando con sus legiones los mogotes de los Andes, “umbrales del cielo”,—como si intentase “tomar en intrépido asalto al infinito”... “Los Andes fueron hechos para aquella aventura. — Las estrellas los sienten pasar. Un cóndor viejo—Conocido del sol, que guarda como un reflejo—Del pasado, en los ojos, les mira con asombro—Y grazna y aletea erguido en un escombros—De rocas descuajadas; y cual si con sí mismo—Dialogara—los cóndores son almas que el abismo—Devuelve: las sombrías, atormentadas almas—De los incas vencidos que conquistaron palmas—De martirio—se dice: “Son estos los guerreros que fulminan el rayo”... “Y cuando los granaderos sobre la cima hicieron tremolar la bandera”, se “creyó que trasmontaba la milenaria cumbre — Una deslumbradora peregrinación de astros.”

“Iba al frente un guerrero silencioso y adusto—Como una esfinge. Inmensa era su talla, augusto—Su gesto, su mirada profética; tenía—Contornos de montaña;—la cumbre que le vía—Más cerca, creyóle su hermano mayor; era—Del color de los broncees, como si presintiera—Su destino; su frente irradiaba fulgores—De eternidad; los astros con extraños temblores — De emoción lo miraban”...—“Los Andes solivieron — Las enormes espaldas escarchadas y se alzaron — Soberbios e imponentes al verlo: se sentían—Dominados de intensa admiración,—y querían ser su pedestal”...

Después canta la cruzada contra Rosas,—“era magnífico aquel déspota de rubia cabellera y ojos celestiales”. En seguida recuerda a Lavalle, deslumbrante y varonil, cuyo “sable estupendo abrió en la cordillera

un ancho derrotero”. Evoca a Paz, organizador de la defensa de Montevideo en el Sitio Grande, y dice de él: “pensativo, silencioso y severo—Como un genio profético, domando en la Tablada—la barbarie piafante y escribiendo la Iliada—de América en los muros uruguayos, remedo—de Troya”. Exalta a Lamadrid, “caballero sin miedo,—cantando vidalitas al son de las violas”...

Y termina el desfile de los héroes máximos, alabando la grandeza de la epopeya, cuya gloria revive, porque “para los pueblos fuertes, eterno reverdece—el laurel”.—“Los aceros duermen, pero florece—el tiroso de las mieses.” — “Erijamos estatuas a los nobles abuelos,—ya que ellos se labraron sus altos pedestales”...—“Forjemos el verso resonante,—como se forja un arma de combate”;—“y cantemos a los héroes oscuros—del inmenso rebaño, que marcan los futuros —derroteros del orbe”.

Invoca los manes de la Atlántida y finaliza el magno canto soñando que “floreced las palmas—de la paz y la gloria, mientras que, por doquiera—en valles y llanuras, en selvas y montañas,—símbolo luminoso de las patrias hazañas,—fulgura eternamente el sol de la bandera.”

## X

Todo lo que Damián P. Garat tenía de largo aliento y de vuelo audaz en la poesía, era de tribunicio párrafo en la prosa del discurso político y del editorial periodístico. Su oratoria vibrante y plástica, cautivó y dominó todos los auditorios. Su acción parlamentaria, lo mismo que su gestión ministerial, le alejaron de las musas y le aparearon del pegaso piafante, luego de que ellas y éste determinaron su popularidad...

Recuerdo al escribir estas notas, hermosos discursos, y aquellos otros de sus poemas “Mi Raza”, “Ense-

ño" y "La Cruz y la Espada", que no tengo a mano. Recuerdo su oración fúnebre en la tumba del doctor Ancel, en el Salto, delante de una muchedumbre de cinco mil almas, romántico, elegíaco, agitando en la diestra el ramo de violetas de largos pedúnculos verdes y lacios, que dejó caer al final como la expresión humilde de su gran dolor. Recuerdo su reverencia por nuestro Rodó, cuya muerte le hizo escribir una de sus más bellas páginas, y recuerdo aquel viaje expreso de Paysandú a Salto, asomados en la ventanilla llena de crepúsculo, recitando él, con su voz bronca y sus ojos de diamante, sus canciones heroicas...

## XI

"Pájaro que canta en exceso lleva herido el corazón", ha dicho en Buenos Aires un colega de cámara, delante de sus restos viajeros. Y ha agregado en palabras precisas: "Se fué a morir lejos de Bizancio, sin oír la voz de los pregones, ni el precio de la subasta: se fué a morir a la Córdoba argentina, de clima suave, dándole a las auras el último eco de su canto quebrado, mientras miraba profundamente a las condelaciones silenciosas".

*In memoriam* de aquella simpatía que otrora nos vinculó cordiales,—él con su afecto noble por mi juventud ardiente, yo con mi admiración grande por su talla de hombre y de poeta,—he ido escribiendo estas notas trémulas y ligeras que a su recuerdo dejo, seguro de que apenas serán como un ala de pájaro en el hombro del héroe que miró la tarde con la dura mirada del bronce.

TELMO MANACORDA.

## LAS NUBES

*Pasan como zahories de una leyenda extraña  
Y agolpadas caminan a hundirse en el ocaso,  
Envolviendo reflejos de la luz que se empaña  
Al moirer los perfiles de sus vueltas de raso.*

*Son del espacio naves involubles, gigantes,  
Que navegan veloces en océanos de viento  
Como globos perdidos, como barcos errantes,  
Que fabulosos Dioses movieran con su aliento.*

*Son como errantes mundos que se desvanecerían  
En ámbitos azules de incógnita utopía;  
Inconscientes fantasmas que al arcano correrían  
Llevando mil visiones de fantasmagoría.*

*Electrizadas, rugen. Encandilando mundos  
Echpsan a los astros. Vencen la luz del Sol.  
Y bajan a nutrirse en los mares profundos,  
O vuelan a inflamarse en llamas de arrebol*

*Llegan entre la bruma de sus formas livianas  
Los suspiros azules de las tardes vencidas,  
El aliento fecundo de las castas mañanas  
Y el reflejo bronceado de las noches dormidas.*

*Nacen en el Oriente. De tierras ignoradas  
Surgen, como las ninfas en los cuentos de hadas,  
Y en el mundo pasean su clámide de raso.*

*Acarician los picos de las altas montañas;  
Pasan como zahoríes de leyendas extrañas...  
Y agolpadas caminan a hundirse en el ocaso...*

VÍCTOR FITZ PATRICK.

Montevideo.

## GLOSAS DEL MES

Fundación de la "Cooperativa"

Editorial Pegaso".

Con este número, PEGASO cumple tres años de vida, vida de noble esfuerzo, relativamente próspera y completamente regular. Los que dentro del país o en el extranjero siguen con interés la trayectoria, segura y continuada, de nuestra revista, no habrán podido por menos de notar la noble brega que venimos sosteniendo. En el ambiente de los fríos escepticismos, para todo cuanto trasude literatura, nosotros, sin desmayar un día, hemos comprobado que el medio, en rigor, no es hostil, como se dice, debiéndose a la inconsecuencia de los menos (precisamente de quienes debían mantener "la llama sagrada"), la escasa curiosidad de los más. Contra todos los sombríos augurios que se hicieron en el momento que surgía una publicación de la índole esencialísima de PEGASO, aquí estamos, más animosos que nunca, con la satisfacción de la apreciable labor realizada, sirviendo de portavoz literario, no ya sólo a los intelectuales del Uruguay, sino que también a todos los de América, al igual de publicaciones como "Nosotros", que gozan de positiva autoridad y ascendiente.

Para celebrar el tercer aniversario de PEGASO, no hemos encontrado modo más digno y augural que la

fundación de la Cooperativa, cuyos estatutos fueron aprobados en una reunión sencilla y memorable; y al aplicar este último calificativo, lo hacemos pensando en lo mucho bueno que de la "Editorial Pegaso" puede esperarse. Por lo pronto, los hombres llamados a dirigir la nueva entidad—que aunque autónoma en su dirección y gobierno, ha de tener siempre una estrecha relación con esta revista—han creído necesario, a fin de eliminar posibilidades de fracaso, iniciar la obra con una gran modestia. Aun así, creemos que el nuevo esfuerzo será de mucha eficacia. El proyecto establecía que la fundación de la "Cooperativa Editorial Pegaso", responde a dos fines igualmente loables: Hacer por la difusión del libro uruguayo y defender al escritor de la codicia del intermediario.

Aun cuando es justo consignar cómo, antes que esto último, lo que sucede entre nosotros es que, por falta de una agrupación directriz, el esfuerzo de los que forjan libros de arte carece de la repercusión debida, haciendo el efecto de que escribir es recitar aquel desalentador monólogo de que nos hablara Larra.

Un conocimiento perfecto del ambiente, ha permitido echar las bases a una institución particular, que no puede conocer el fracaso, por lo mismo que asienta sus puntales en sitios seguros. Veamos algunos párrafos de la amplia exposición de motivos:

"Los autores—dícese—vense a menudo vejados en lo que más estiman: en su amor propio de artistas, ese impulsador desinteresado que les conduce a producir obras bellas en países que leen poco y se muestran escépticos con sus talentos".

Y más adelante:

"La "Cooperativa Editorial Pegaso", se forma entre un núcleo de hombres, amigo de las bellas manifestaciones del intelecto, con lo que queda dicho que es amigo de la juventud. No es posible edificar un palacio

de buenas a primeras; antes, para ejercitarse, el alarife necesita hacer obras modestas. "Vale más hacer las cosas mal que no hacerlas", decía Sarmiento, admirable espíritu práctico. De antemano vemos las lagunas de nuestra iniciativa, pero urge empezar".

Por lo pronto, la "Cooperativa Editorial Pegaso", va a ocuparse de la administración de libros, siendo necesario antes, que estos libros los acepte el Directorio; sobre todo, si han de llevar luego el pie de imprenta de la Compañía. La índole de las personas entre las cuales fueron colocadas las acciones, aleja toda sospecha de abuso o fraude. En rigor, lo que se ha buscado, por lo pronto, es obtener en beneficio de los escritores, las ventajas de la asociación. El autor se costea su obra, pero sabe que no tiene más que entregar la edición a la "Cooperativa", cuya gerencia va a encargarse de distribuirla entre los libreros y anunciársela en la prensa.

Como se colige, es indispensable la buena voluntad de libreros y periodistas, mas con una y otra se cuenta. Luego se harán las liquidaciones de los ejemplares vendidos; se harán esas liquidaciones con la mayor regularidad. Todos los cargos, en el Directorio, son gratuitos, habiendo un Presidente, un Vicepresidente y tres Vocales, que se reparten, además, las funciones siguientes: Tesorero, Secretario y Gerente asesor.

No nos es posible dar hoy idea cabal de la organización, ni de la forma cómo va a ser realizada la obra. Pero los intelectuales pueden estar seguros de que nunca se ha planteado una obra más noble, con desinterés tan absoluto. En breve, los que confían a la "Cooperativa Editorial Pegaso" sus obras, van a experimentar los beneficios, principalmente de índole espiritual, que con esta hidalga cruzada artística se han buscado.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Crónica de Muniz.—Por Justino Zavala Muniz.—Montevideo.—1921.  
Es un libro doblemente sugestivo por su valor histórico y literario

Cualquiera sea el concepto que la figura de Muniz merezca desde el punto de vista político, nadie podrá negar que encarnaban en todas las condiciones de un gran caudillo, esa especie de centauro de nuestro medioevo, fruto de toda sociedad embrionaria, cuyo destino nos parece ya cumplido en esta tierra.

Hacer, pues, un estudio completo—como lo ha hecho el autor—de la personalidad de Muniz, es ayudar a construir el edificio de nuestro patrimonio épico, ya que tanto los caudillos menores de nuestras luchas intestinas, como los mayores de la Independencia, son trozos del mismo bronce y han escrito las páginas más sonoras de nuestra epopeya.

Pero este libro tiene más alcance: no sólo hace resaltar violentamente el perfil de un héroe, sino el panorama de sus hazañas, los usos y las costumbres de una época, cuyo crepúsculo todavía los hombres jóvenes de hoy alcanzamos a vivir.

Así, la figura del caudillo se adelanta como en un bajo relieve y atrás de él se diseñan charcos de sangre hirviente, trágicos resplandores de incendio fraguados por el odio, furioso galopar de potros, bosques de lanzas, bárbaros entreveros; salvajismo caótico, pero padre de civilizaciones y ennoblecido por su adoración a las mayores virtudes del hombre: el coraje, el pundonor y el sacrificio.

Admira el autor por la intensidad de vida que da a sus narraciones, en tal forma que la mayor parte de los episodios que describe, dan la sensación de que se desarrollaran delante de los ojos. Parece poseer en alto grado ese instinto de los grandes novelistas y dramaturgos, que los llevan a mover sus personajes en el sentido de la mayor impresión, o a dar a su lenguaje las palabras justas y gráficas.

Si el espacio no nos faltara, mucho tendríamos que decir de esta obra, que, desde luego, ha revelado no sólo a un escritor de garra, sino un sereno y hondo espíritu.

Faltaríamos, sin embargo, a nuestro deber, si no hicéramos resaltar dos motivos del libro, que por su manera de ser narrados, su realismo y su vigor expresivo, dejan la sensación de verdaderas pá-

ginas maestras. Quienes hayan leído el volumen, admirarán que nos referimos al episodio del incendio y al de la muerte de Don Perfecto Muniz.—J. M. D.

Florilegio de la obra poética rubendariana.—Barcelona.—1921.

Dentro de la magnífica serie titulada "Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas", ocupando el número XXI de la colección, la Editorial "Cervantes" ha hecho un nuevo florilegio con la labor de Rubén Darío. Extrae de su vasto bosque lírico los gajos floridos más llenos de fragancia: Así, por ejemplo, de "Azul" (1888), "Caupolicán", "De invierno" y "A, un poeta", tres composiciones admirables de la primera época; de "Prosas profanas" (1901), "Era un aire suave", "Alaba los ojos negros de Julia", "Para una eubana", "Margarita", "Mía", "Ité missa est", "Que el amor no admite cuerdas reflexiones", "La espiga", "Respuesta a Verlaine"; de "Cantos de vida y esperanza", "Los Cisnes y otros poemas" (1905), "Los tres Reyes Magos", "Pegaso", "E Spes", "Los cisnes", "Retratos", "A Phocas", "La dulzura del Angelus", "Canción de otoño en primavera", "Llévanos Señor", "De otoño", "Año, amas", "Nocturno", "Programa matinal", "Salutación del optimista", "Nocturno", "Lo fatal"; de "El canto errante" (1907), "Metempsicosis", "Eheu", "La hembra del pavo real", "Querida de artista", "Sum", "Versos de otoño", "Dream", "La Cartuja" y "Melancolía"; de "Canto a la Argentina", "Oda a Mitre y otros poemas" (1910), "Libros extraños"; de "Poema del otoño y otros poemas" (1910), "Poema del otoño", "Gaita gallica", "Vespéral", "A Margarita Debayle", "El clavicordio de la abuela" y "Los motivos del lobo"; de "Sol de domingo" (1917), "Eva" y "Canción".

Para dar idea de lo que supone esta selección, como aporte valioso, que ha de difundir más de lo que aún está en la obra rubendariana, no hemos podido por menos de transcribir el índice íntegramente. El valor de esta sólida obra,afortunadamente, está consagrado. Resta afirmar que el volumen, muy breve y elegante, hace que esta obra se nos aparezca como un devocionario poético, lleno de admirables evocaciones.—V. A. S.

Primeros poemas.—Por Enrique Planchart.—Caracas.—1919.

Por envío de Mariano Plóon Salas, Director interino de la Biblioteca Nacional de Venezuela, hemos recibido este libro de versos. Como análogos libros, tiene vigor juvenil y ofrece sólida esperanza. La fantasía del poeta es florida como una pradera: él mismo lo dice. Sus musas son frágiles, de todo hechizo primaveral, apenas tocadas de melancolía literaria...

Frutos de oro puede dar este poeta joven, del carrizo pequeño y la floresta grande, que ya tan bellas cosas anticipa.—T. M.

**Motivos de meditación.**—Por Manuel Díaz Rodríguez.—Conferencia leída en el Teatro Municipal de Caracas y que el autor dedica 'A la juventud estudiosa de Hispano-América'.—1921.

Empieza por recordar la doble faz, material y espiritual, de la ecuación humana, para asentar la necesidad de la complementación de ambos factores para la armonía del desarrollo de la especie. Señala luego el doble error de lo que llama "las vidas económicas y políticas excéntricas de los países de Hispano-América, ideal y aún materialmente a gran distancia de lo que debiera ser el centro de nuestra racional evolución". Analiza bien y a grandes rasgos las causas de estos desequilibrios, para concluir exhortándolos a robustecer sus vidas, dentro de aquel concepto de armonía de acción de que no han sido capaces hasta ahora. Habla también de "honrar y hacer prosperar las patrias chicas con un nacionalismo activo, pero sano y prudente; que no requiere, para exaltar el modesto caudil de gloria de la casa, apagar el faro del vecino", sin olvidar, al mismo tiempo, el origen de la raza, "no a España, la patria de siempre".

De acuerdo en un todo con estas ideas generales. Pero se nos permitirá formular un voto, que estamos seguros contará con la aprobación del señor Díaz Rodríguez: que aparezcan pronto en Hispano-América los hombres-guías capaces de realizar tales postulados, ya que nuestro defecto ha consistido precisamente en saber hablar de lo que hay que hacer, pero no en saber hacerlo.—A. E.

**"Buscando el camino"**.—Prosas de Mariano Picón Salas.—Editorial "Cultura Venezolana".—Caracas.—1920.

Rosas juveniles de febril alegría lírica, diversas notas y diversos paisajes, iconoclasta y primaveral, sin gramática, con desfileado es tilo rutilante, de bullente manera y de ímpetu dionisiaco, nos ofrece este hombre venezolano de veinte años, su primera vendimia.

Libro simpático, libro de juvenil ardor, audaz y saltante, este es el libro que dice septiembre y que simboliza juventud.

Páginas sueltas, motivos de vida o de arte, elogios, críticas, exaltaciones, comprende "Buscando el camino".

Desde la dedicatoria "a la madre, al padre, a los abuelos que tienen el encanto de los pergaminos, y a la tía que está en provincias, lírica, suave,—el mejor aguijón de mi quimera",—el libro se hace simpático, atrae, interesa, aunque al final de cuentas lleguemos a la conclusión de no haber encontrado otra cosa que no sea literatura, algarazca de literatura briosa y copiosa...

Se conoce que Picón Salas ha leído mucho: desde los doce hasta los veinte: ocho años seguidos, por lo menos.

Y así, erudito y jovencísimo, ha escrito su libro ímpetuoso, florido, caliente, chillón,—a veces romántico y envejecido de golpe, otras veces ubérrimo y alborozado, loco de una fiesta de sol que abrilanta cuentas de vidrio y diamantiza gotas de rocío...

Cabe anotar, sin embargo, y sin olvidarlo, que es personal hasta donde puede serlo un escritor de veinte años y de enorme lectura.

Ninguna influencia, ninguna directriz le encontramos. Hay sólo una página tan mesurada y pulcra, casi como cierta página de Azorín. Todo lo demás es propio y evidencia que Mariano Picón Salas se va solo "buscando el camino"...

Si no fuera su divagación permanente y su desdén gramatical, su intención artística estaría lograda, y bien lograda.

Le falta lo secundario necesario: tiene que recortar su fronda de trópico: tiene que podar: tiene que limpiar...

"Juventud, juventud, torbellino, soplo eterno de eterna ilusión"...

—T. M.

**Adriana Zumarán.**—Novela por Carlos Alberto Leumann.—Buenos Aires.—1921.

Los que aseguran que falta carácter a la gente de la buena sociedad platina, tienen el desmentido en las macizas páginas de "Adriana Zumarán". Sin quererlo, hemos señalado el defecto mayor, a nuestro juicio, de esta amplia novela bonaerense: maciez. Notamos, al leerla, que hay partes que pesan. Por matizo, el relato no destaca suficientemente los detalles con fuerza psicológica de los que carecen de tan preciado valor.

Mas, junto a este defecto, que puede no ser tal (para Manuel Gálvez lo es la agilidad de ciertos libros que él llama periodísticos), hay virtudes singulares, que convierten el libro en una hermosa obra de arte. Se ve que el autor pisa terreno firme, es decir, que conoce bien el ambiente que retrata. A pesar de algunos trazos ineficaces en el diseño, las figuras resaltan y hácese inconfundibles a través de la fábula.

Es un libro pulcro, muy atildado de estilo y noble de propósitos. Empieza con la evocación de una tragedia familiar que a todos nos intriga. Sin impacencias, a veces con visible retardo, la acción progresa y somos absorbidos por la cautivadora gracia de la protagonista. Es la novela de "las porteñas", de las argentinitas sentimentales que—¡no podía ser de otro modo, desde que tienen alma!—llevan una tragedia silenciosa en el corazón. ¿Quién dijo que el amor no florece en los grandes salones de Buenos Aires? Naturalmente, un escéptico no puede descubrirlo. Hay ciegos para los romaticismo como los hay para la luz. Pero, por fortuna para los valores morales de la gran nación hermana, el soplo, ora lírico, bien sentimental, no ha cesado de agitar las colgadasuras de las regias salas señoriales, donde otrora, las abuelas de las actuales argentinas ballaban el minué.

Observador tan penetrante como Ortega Gasset, huésped de Buenos Aires, había advertido en la tristeza de muchas pupilas hermosas, un germen de descontento que era ufanía en los hombres, satisfechos por sus grandes negocios. Y nos lo decía el filósofo, en sus inolvidables conferencias de la Universidad: "Yo espero mucho bueno para la Argentina de esa desconformidad que veo en sus miradas". Ojalá se cumpla el augurio.



postura. No Antes al contrario: es un comentador ameno. Confiesa que-mariposea, que no ha encontrado su rumbo literario; como es inquieto y perseverante, nosotros calculamos que muy pronto lo va a divisar. Por lo pronto, descubrimos en él grandes condiciones para la alta crítica. El día que juzgue a los otros con la serenidad con que se mira él en su prólogo, tendremos que saludar a un muy culto "defensor" de valores artísticos.

El contenido de "Ensayos literarios", es un poco inarmónico. No guardan, los trabajos allí contenidos, ninguna unidad. Hemos leído con el más vivo placer, su bosquejo del gaucho uruguayo. "No sabemos pensar", es un trabajo que no le habría desagradado a Larra. Claro está que al correr de la lectura total, hállese en este libro no pocas ideas rebatibles, aunque es juicioso decir que hay buena dosis de buen sentido informando los capítulos. El estilo, que según Galaris, deja de ser una cosa voluntaria para convertirse en una resultante psicológica, ni qué hablar, es claro y es sereno. Traduce bien el espíritu fino y penetrante de Carmelo M. Bonet.—  
V. A. S

